

A.T.V. 4705

P. DE LINÁN Y EGUIZÁBAL

**EL NUEVO
CRONISTA
DE
BIZCAYA**

Bio-Bibliografía





A.T.V.
4205

Ims.-L.-el Feb.,



EL NUEVO CRONISTA

DE BIZCAYA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Derecho Usual Español (Público y Privado), un tomo, 1895. Adoptado de texto e informado favorablemente por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas 7,50 pesetas.

Ensayos de Crítica. Un tomo 1896, 2 pesetas.

El Misterio de Daroca. Tradición aragonesa del siglo XIII.

PRÓXIMAS A PUBLICARSE

Historia General del Derecho Español,

Ensayos de Crítica. 2.^a serie, (*Estudios biográficos*.)
Un Diplomático Español.

Nociones de Derecho y Legislación de 1.^a enseñanza, (en colaboración.)

Los Amantes de Teruel.

PI-12838
R-6357

P. DE LIÑÁN Y EGUIZÁBAL

EL NUEVO CRONISTA

DE BIZCAYA

Madrid

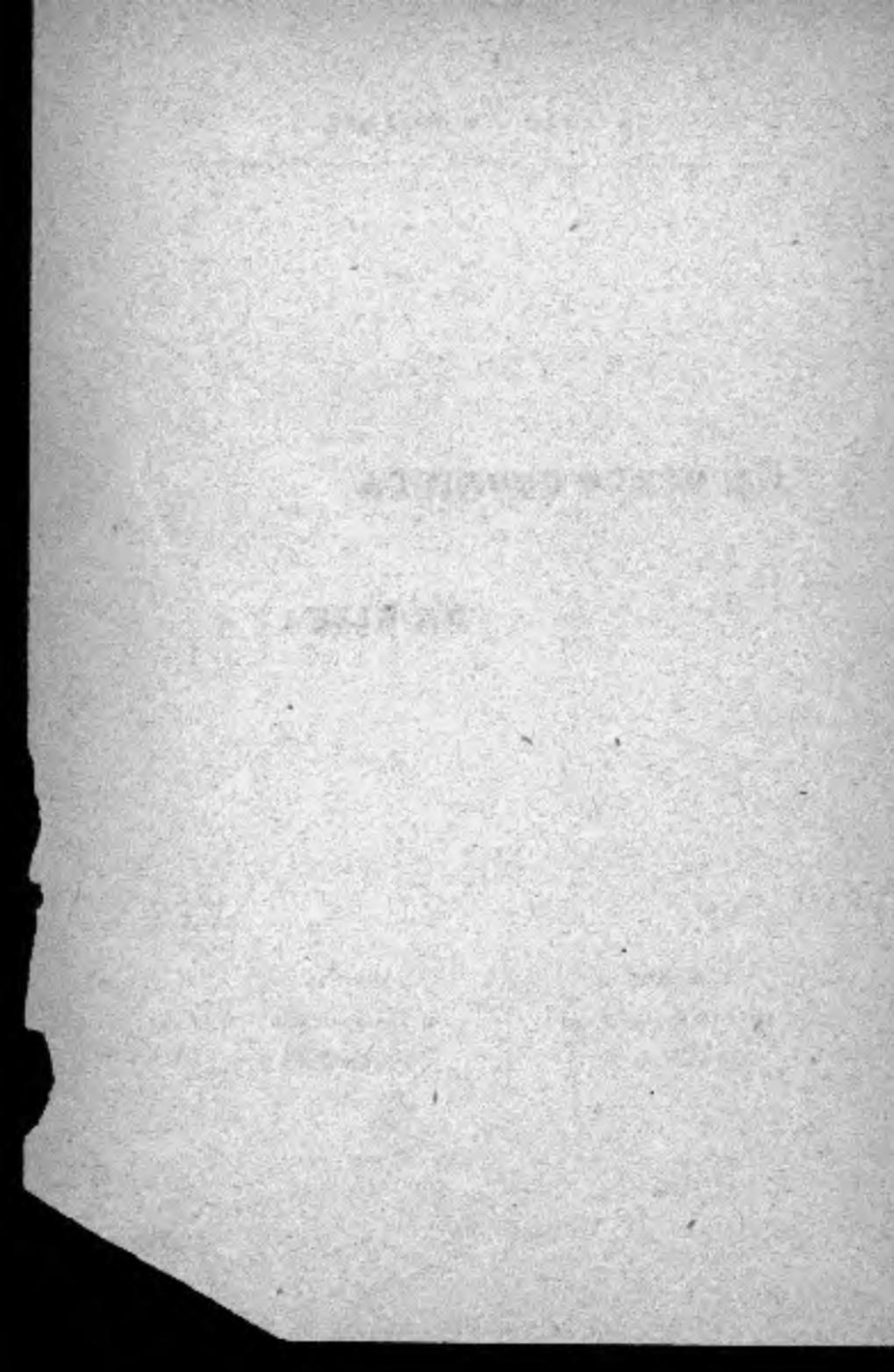
VICTORIANO SUÁREZ

Preciador, 48

Bilbao

IMP. LA PROPAGANDA

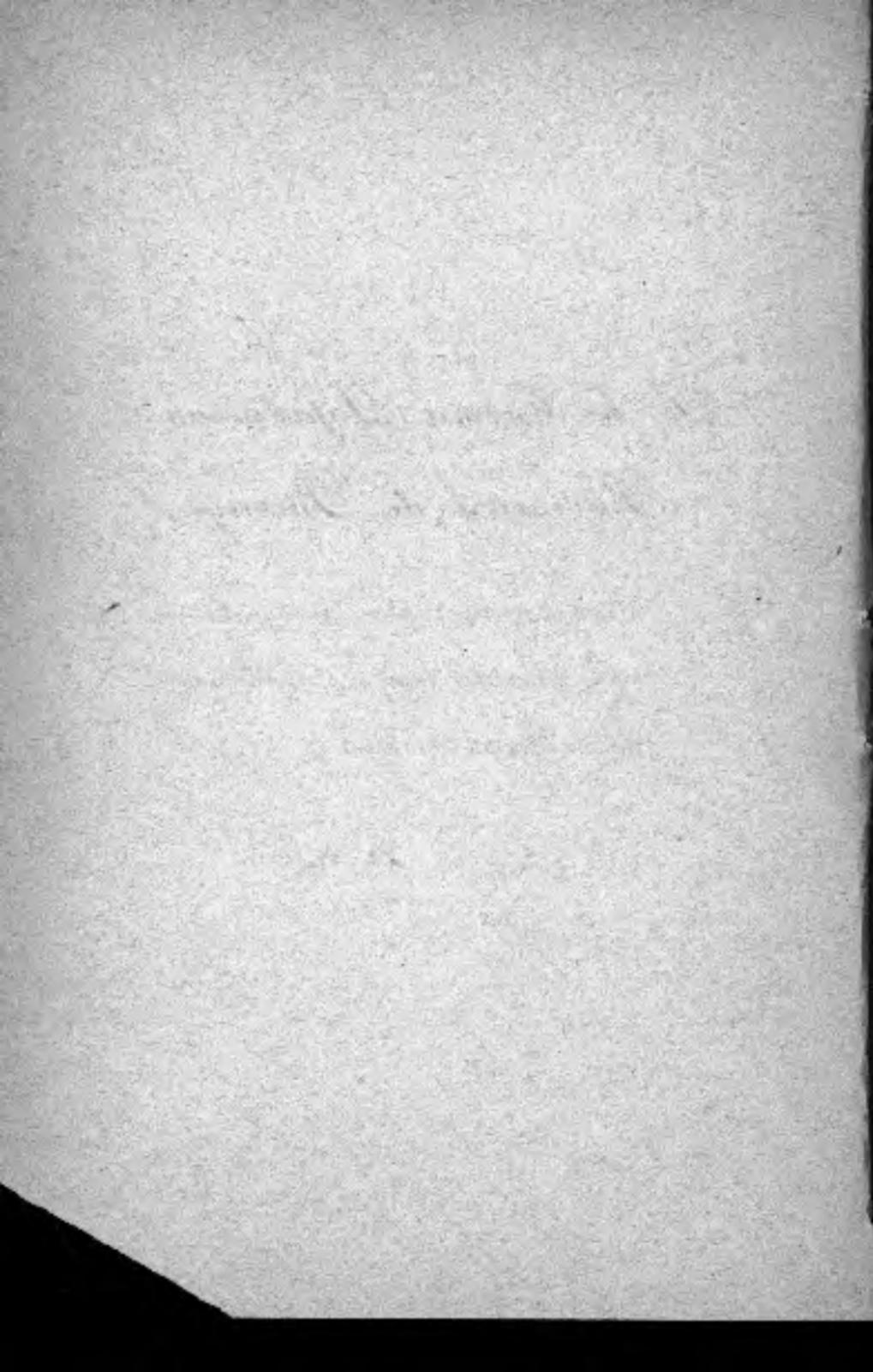
Banco España, 8



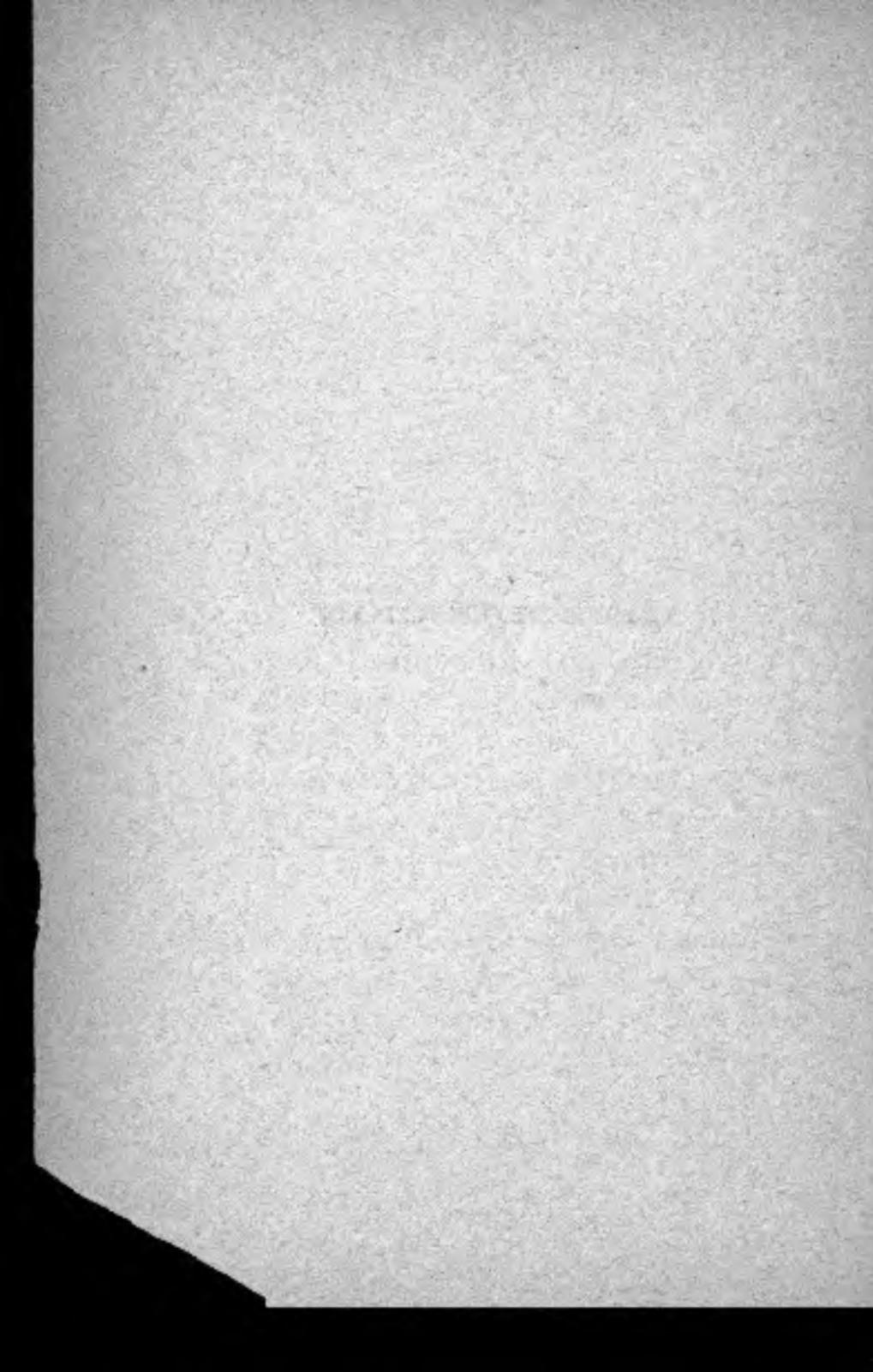
*A la Exma. Diputacion
Provincial de Bizcaya,*

*pronta en premiar la labor incessante del Doc-
tor D. Estanislao Jaime de Labayru, en tes-
timonio de respetuosa simpatia,*

EL AUTOR



INTRODUCCIÓN



La transformación que el nuevo concepto de la Historia inicia desde muy entrada la edad moderna en todo linaje de eruditos estudios, nunca como ahora se hace visible: lo que entonces aparecía con vagos contornos, surge hoy cual radiante foco de meridiana luz; armonizándolo todo, y dándole nueva vida, organiza dispersos elementos, cuya unión sola se juzgó imposible; declara patentes, relaciones ocultas por disparidad de criterios, y sobre la simple estela votiva ó el rústico pilar, edifica portentoso edificio, suntuoso alcázar donde las aspiraciones, usos, costumbres y desarrollo de un pueblo se

custodian. El paso ha sido gigantesco y por eso sólo á titanes les estaba reservado: los laboriosos obreros quedense únicamente para trabajos secundarios; para empeños de poco fuste, para alargar materiales á lo sumo, empresa que si de relativa importancia á siempre vista, bien apreciada la tiene inmensa y de una necesidad invencible.

Contra lo que regularmente se piensa creemos nosotros, que la época de reconstruir la Historia, propiamente tal, ha llegado y aún con ventaja; que de no hacerlo ahora se retardará el momento más propicio para llevarla á feliz término, y que puede imprevista tempestad, según de ello amontonamos repetidas pruebas, arrollar todo lo edificado, teniendo que creer, como ahora en algunos puntos creemos, bajo su palabra de honor, á historiadores y tratadistas, que si de probada autenticidad, errar pueden no pocas veces, como de hecho

erraron al juzgar irrecusable verdad, acontecimientos y aun fuentes históricas, ni por soñación existentes sino en la falsaria pluma de mentidos cronistas ó torpes aduladores.

Desde nuestro gran Isidoro hasta don Rodrigo, Mariana, Zurita, Nicolás Antonio, Pérez Bayer y don Vicente, ¡quién no ha sido el que pasando, como pasar no puede en Historia, *partida sin quitanza*, con más ligereza ó amor por determinados *pedregales*, ha visto ejércitos donde sólo había pacientes cordeños, ó insula Barataria donde únicamente camino real, ó á la más hospitalaria finca de cortesano duque; quién, en fin, luz en medio de horripilantes tinieblas, ó realidad donde únicamente apetecida y cariñosa ilusión!

La época de las grandes síntesis es la época de los grandes análisis, de los profundos conocimientos, de las críticas despiadadas y sin cuartel, pero no in-

tencionadas y maleantes, crítica en la que tanto trabajó, con laboriosidad superior á encomio, y llorando, ora la creencia que se desvanece, ora el recuerdo que se pensó sucedido y sólo fué sueño, don Vicente de la Fuente, heredero directo de los doctísimos paladines de pasados siglos, contra patrañas y tropelías, con exceso tal rematadas en los flamantes engendros de Jerónimo Román de la Higuera y sus congéneres amenísimos. Por ello y por encontrarnos en circunstancias tales, cuando todo lo discutimos, creyendo sólo, en semejantes asuntos se entiende, lo que creer se debe, sin apasionamientos de relumbrón, ni patrioteras muestras de última hora, estamos doblemente obligados á consignar lo que nuestro leal saber y entender nos dicte, apuntando lo sabido, sin dejar de notar, puesto que el vasto panorama contemplamos, sino aislado de cariño, si impotentes á mediar en

ya pasadas contiendas, cuantas relaciones se distingan, cuantos detalles se diferencien, cuantas realidades aparezcan.

Porque la Historia es una síntesis, pero síntesis ordenada, es por lo que, entendida como ahora la entendemos, y desde su aspecto de *obra artístico-científica*, únicamente en días de grande desapasionamiento y fundamentales estudios se realiza; primero, porque mal se sintetiza lo que total y particularísimomente no se conoce; segundo, porque no conducir á la verdad lo que constituye su torcimiento y desaparición.

Pero con ello, y llevando de vencida no corto plazo, nuestra historia *General* está sin escribir. No se diga contamos con períodos, con hechos, con determinadas ramas de la universal y nacional cultura, magistralmente delineadas, puntualmente descriptas, donosamente expuestas: un árbol nunca formó bosque como un golfo jamás llegará á Oceano;

y un golfo y menos que un árbol representarán cuando nuestra *Historia General* se puntualice, esos que ahora nos asombran potentes monumentos y que serán siempre el punto inicial de donde arranque toda ulterior reconstrucción científica.

De las historias particulares, de la de la cultura, literatura, religión y creencias; descubrimientos y conquistas; ciencias y artes; jurisprudencia y derecho; instituciones y costumbres; aspiraciones y deseos, de cuanto, en fin, conduza á conocer la idiosincrasia y modo de vivir de un pueblo, ha de formarse la *General*, que no siendo limitadamente cada una, á todas las abarca, uniéndolas en invisible trabazón y confundido laberinto, así como entrelazadas y en inexplicable barajamiento se nos presentan en el rápido volar del humano desarrollo. Insignificantes causas producen truculentos trastornos en la vida de los

pueblos, como truculentos trastornos realizan inmensos adelantos ó estancamientos dolorosísimos, y la rueda del progreso en continua agitación é impeliida por heterogéneas solicitudes en una sola transformada, representante de todo el vigor y pensamiento humano, salva distancia y aplana barreras semejando siempre la misma, siendo diferente, quintaesenciando el *excelsior* de nuestros ideales. ¿Cómo describirla si tan rápido es su rodar y tan varios los elementos que la impulsan, sin analizar cuidadosamente sus compuestos y apreciar detenidamente sus fuerzas? Unos y otras son las fuentes históricas, los datos que la realidad nos presenta; encajémoslos debidamente sin forzar lo más mínimo su engranaje, trasmitámosles alientos de vida, que creadores somos, y veremos á nuestro *fiat* resurgir lo que juzgamos desaparecido; un mundo antiguo engendrador

del nuevo, unos juveniles días con deleite remembrados en la caduca vejez.

De la Historia general de un territorio, provincia ó reino, á la General propiamente dicha, á la de una nación, sólo hay un paso: el que determina el estado de cultura del individuo en cada uno de aquéllos: el pueblo más culto, en el sentido universalísimo de esta palabra, habrá recorrido tres si el menos culto medio; y para apreciar entrampos, nunca podremos emplear el mismo objetivo; el usado para analizar los dos conjuntamente, será el propio y necesario para contemplar el nacional. Y no sería poco, ya que careciéramos de ésta, contáramos con aquélla; desgraciadamente no acontece así, y en España la mayor parte de las veces tan necesitados andamos de *Historia General* ó *Nacional*, como de *'Provinciales'*.

No es esto decir, librenos Dios, nos veamos de ellas privados en absoluto;

las tenemos, y algunas excelentes, diganlo si no Murcia, Valencia, Madrid, Cataluña, Segovia, Galicia... y sus respectivos autores Cascales, Boix, Amador de los Ríos y Rada y Delgado, Ariz, Colmenares, Carramolino, Murguía, Balaguer, y más que él los anteriores cronistas, desde Muntadas hasta Bofarull... ya que en la cuenta no puedan entrar ni la que corre por esos mundos con el nombre de *Crónica General de España*, escrita por diferentes autores, ni los lindísimos y doctos *Recuerdos y Bellezas* (1) reimpresos, añadidos y continuados por el editor Cortezo, no Montaner y Simón

(1) Véase acerca de esta colección, y entre lo mucho que de ella se ha escrito, el hermoso Prólogo, como suyo, puesto por M. Menéndez y Pelayo á las OBRAS de Cuadrado y reimpresso en el t. cvi de la Colec. de Escr. Cat. ESTUDIOS DE CRÍTICA LITERARIA, 2.^a serie. Madrid, Rivadeneyra 1895, pág. 3 á 26 Es utilísimo por dar á conocer al propio tiempo, y en posteriores páginas, el medio que dió vida y sobre el cual obró su influencia tal publicación.

como nos dijo ha poco singular escritora, en la parte histórica las más de las veces no otra cosa que la *España Sagrada*; ni menos el erudito y laborioso *Apárate* del académico Barrantes.

Claro es, que de considerarlos completos, mejor aún, en su totalidad y como Reino de los demás separado, á todos aventajarian los admirables *Anales*, del gran Zurita y sus continuados los Argensolas, Zayas y Dormer, lo más fundamental que en punto á Historia tenemos en nuestra Península, aun entrando en cuenta el mismo padre de ella y los escritores de *sucesos particulares*. De Moret, Traggia, Blancas y demás ya de Aragón, ya de Navarra, otro tanto decimos, añadiendo que, mejor han de ser apreciados como mantenedores de éste ú el otro bando, que como verdaderos y propios tratadistas, que únicamente narran lo que saben sin añadir lo que ignoran, ni comentar lo que

imaginan, empresa si nobilísima en muchos casos, asaz alejada de la verdad no pocos, conduciendo siempre por caminos laberínticos, muy enderezados sin embargo, para el propio acomodamiento y particular intención. Más aún habría que decir de los de Bizcaya, de propósito echado de la cuenta por exceder á todos en lo de entrar en el campo histórico manchados con lo que en este orden podríamos calificar pecados de premeditación y alevosía.

Escribir en Historia y antes de ser detenidamente investigada, para afiliarse y defender determinada bandería, rompiendo lanzas con juvenil ardor en proyecta edad por cuanto en un momento ó de patriotismo ó de encono juzgóse de perlas, es torcer sus verdaderos fueros y conducirla por peñasciales y derumbaderos, ansiando sólo arrojarla desde sus alturas para de ella libre, echar á volar la *loca de la casa*, soñando lo que le

venga en ganas. Tal acontece con no corto número, por no decir con todos, de los hasta ahora conocidos historiadores del valiente y leal Señorio, si antiguo no protohistórico, si noble no el fundador de toda cortesania y por antonomasia ilustre, como ya alguno de sus hijos pensó.

No es del caso analizar aquí punto por punto á cada uno, relatando sus invenciones y dando inventario de sus estupendas paradojas, pero sí dejar sentado que en la mayoría de los casos desde Ibañez de Ibargüen, Vedia, Citarruis- ta, Peña y Galdocha hasta Goicolea, Fontecha, Ibañez de Renteria é Iturri- za, anduvieron en esto de defender su propio suelo en extremo salidos de quicio, escribiendo no la Historia que se proponian y debia ser, sino la que ellos se dieran en forjar en su alborotado ca- cumen. Hay, sin embargo, en Ibargüen, Mendieta, Renteria y Fontecha, p. ej., materia y mucha de buena ley y apro-

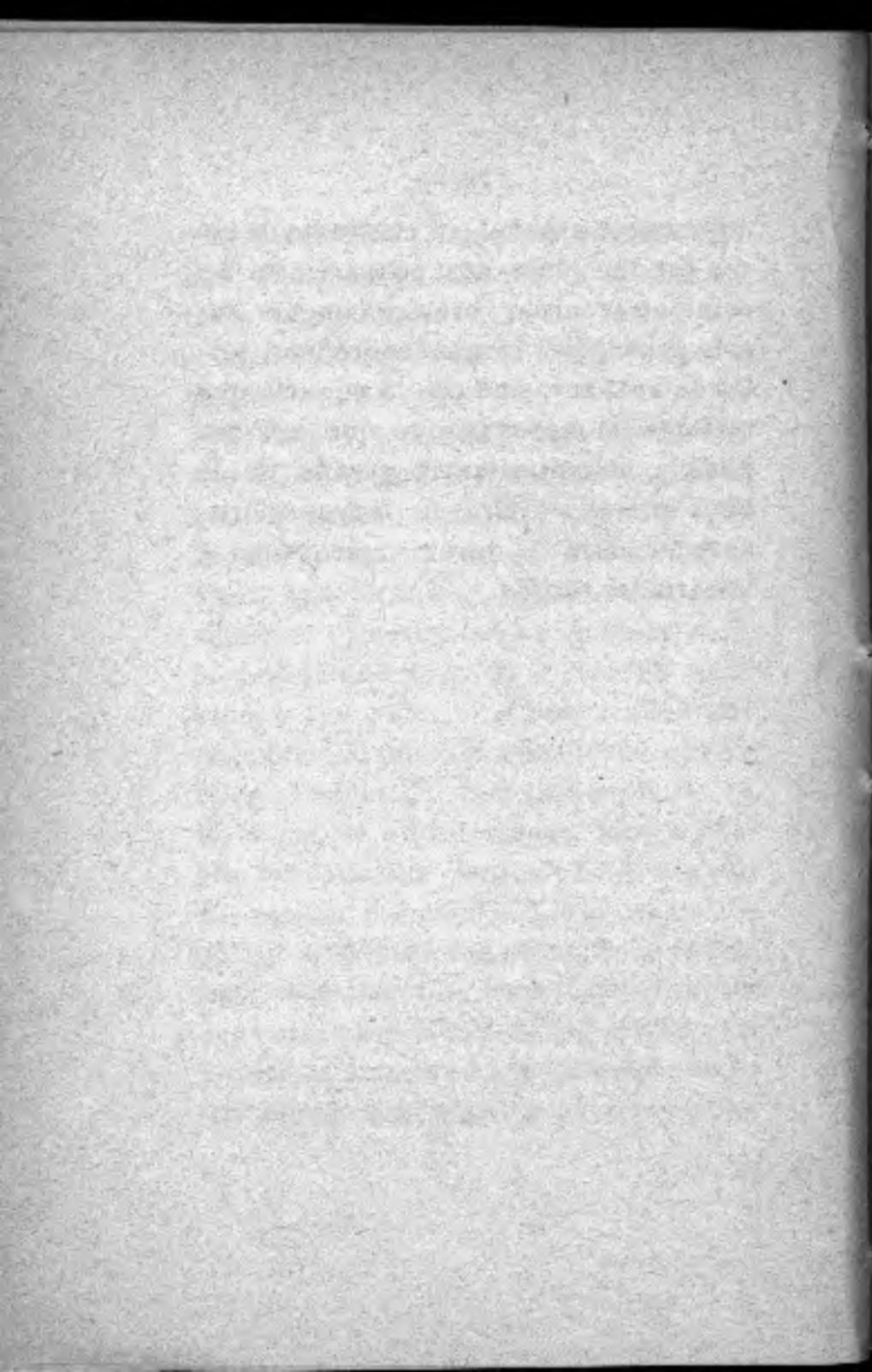
vechable, pero en este punto ninguno excede á los laboriosos Henao y Llorente. Es el último, tristemente célebre en la historia de nuestros heterodoxos por su volteriano y tornadizo pensar, lo cual llevóle las más de las veces á defender lo indefendible, truncando la verdad y poniendo su erudición y cultura, que era mucha y de quilates, al servicio de malas causas y torpes sectas. Pruébalo, á más querer, la obra suya á que aquí nos referimos: *Noticias históricas de las tres provincias Vascongadas*, grande arsenal de datos y curiosísimos apuntamientos, pero tan distante de la Historia como del logro de sus propósitos.

Lo inverso sucede con Henao, cuya buenísima fe nadie ha puesto en duda, encomiando á cual más su incessante labor y coincidiendo con Llorente y el mismo Iturriza, en esto de ser arsenal de noticias, que si en el sentido que

ellos las emplean hanse de tomar, las más de las veces, á beneficio de inventario, colocadas en sus justos límites resultan de inequívoca utilidad y probanza.

Teníamos, pues, *datos para la historia*, materiales dispersos, á los cuales había que añadir los no menos varios de sus hermanas Guipúzcoa y Alaba; únicamente faltaba unirlos, armonizarlos, purificárselos con minucioso examen y cariño de hijo que gusta de la verdad ante todo, gloria que á nuestro entender corresponde al doctísimo académico, Presbítero Doctor D. Estanislao Jaime de Labayru, ya en estas lides experto según acredita su puntual biografía de *Fr. Juan de Zumarraga*, que ahora corregida y aumentada se reimprime, su *Galería de Bascongados ilustres en Religión* con otras tales, amén de las edificantes y clásicas *Lecturas Eucarísticas* de corte tan castizo y pensar tan genuino é in-

tensamente español, en el estudio de cu-
yas producciones nos ocuparemos, así
como en recordar brevisimamente sus
más principales rasgos biográficos, an-
tes de analizar, sino con la minucia que
reclama al menos con lo que nos sea
 posible, la importancia grande de la
obra que constituirá su mayor gloria,
acreditándole de varón sapientísimo é
historiador sesudo.



BIO-BIBLIOGRAFIA



CAPITULO I

Datos biográficos

Un buen vivir dura toda la vida

En la Cabecera de la Provincia de Batangas, Diócesis de Manila, donde su señor padre, D. Nicolás Delfín, Teniente Coronel del Regimiento de Asia, ejercía el Gobierno Militar, nació el 7 de Mayo de 1845, D. Estanislao Jaime de Labayru y Goicoechea. Descendiente D. Nicolás de ilustre familia nabarra, pródiga en dar á la patria literatos y guerreiros de bien probada fama, había con-

traido matrimonio con la bilbaina doña Bonifacia de Goicoechea y de Lecea, andando los días madre afortunada de nuestro D. Estanislao Jaime.

Es, pues, Labayru bizcaino de raza, y esto bastaría si á ello no uniera serlo por educación, por sentimiento, por franco y desinteresado empeño de enaltecer y acatar, cuanto se enaltece y acaata en la tierra de sus abuelos.

No había aún cumplido el año de su nacimiento, cuando exigencias del servicio obligaron á su señor padre mudar de residencia, trasladándose á España; pero habiendo ocurrido en la travesía su fallecimiento, llegó su madre á la villa natal, Bilbao, como dicho queda, destinada á presenciar, en días venideros, los triunfos de su hijo, y la gloria mayor de su solar siempre noble.

No pudo, no, darse cuenta al partir de aquellas Islas, peñones queridos del patrio suelo, terruños de nuestra tierra,

cual la historia de su conquista es la historia de nuestras glorias, y las glorias de nuestros mayores, que dejaba para siempre el suelo preciado y el sol ardiente que contemplaran su nacer, para en otro sol y en otro suelo verter su laboriosa vida, iniciada por la aplicación, continuada luego por la inteligencia y el incesante estudio, aumentada por la trabajosa tarea del agiógrafo puntualísimo, del historiador sesudo, del místico enviable; coronada, á diario, con la austera virtud, la religiosidad edificante, la caridad sin límites ni relumbrón, la caridad cristiana.

En la capital del Nervión, donde hubo de continuar hasta ya mozo, cursó con gran aprovechamiento los estudios de segunda enseñanza, y en Vitoria primero, y Burgos y Barcelona después las Carreras de Teología y Cánones, graduándose en la Imperial ciudad, *némine discrepante*, por los años 1869, 70 y 71,

siendo su padrino en el último de sus grados, en el de Doctor en Cánones, otro bilbaino ilustre, sapientísimo jurisconsulto (y querido pariente de quien esto escribe) el primero en reconocer la grande valia de su ahijado, D. Juan Lapaza de Martiartu.

Vuelto á Vitoria, en ella obtuvo todas las Sagradas Ordenes: el subdiaconado el 23 de Diciembre de 1871; el diaconado el 25 de Mayo del 72; y por último, en 21 de Diciembre del mismo, el presbiteriado. Recibiendo tan luego como su ordenación sacerdotal, facultad absoluta de confesar en toda la Diócesis.

No habian pasado cinco años cuando en 1877 fué nombrado examinador Sindical de Bilbao, y confesor de religiosas en el 81. Corriendo éste, designóle el Ilmo. Sr. D. Gabino Catalina del Amo, Obispo de Calahorra, para el mismo cargo que ejerciera en Bilbao, concediéndole licencias absolutas, co-

mo también se las otorgara el Reverendo Arzobispo de Burgos, señor Salazar, y luego el señor don Santos Zárate y Martínez, Prelado de Almeria, en 1888 y no mucho más tarde, los respectivos pastores de Salamanca y Pamplona.

Ya de entonces, y aun de mucho antes, parte la fama de Labayru como ardiente cultivador de los estudios serios y erudito de buena ley. Fundador de *La Voz de Vizcaya* en la dirección de la cual, hasta que vino á dirigirla el señor Valbuena, tan legítimos triunfos cosechara, vió en su redor reunido lo más selecto de la Euskalerria, y aún de fuera, como el dulcísimo y tierno Selgas, por ejemplo, quien también en *La Voz* escribiera y como él escribir sabía; hizo en ella valentísima campaña en pro de la verdad y enaltecimiento de su causa, sin cejar en un punto, batiéndose siempre á la vanguardia, y cual el último de sus colaboradores, aun

cuando con más brio que ninguno, llevando á la práctica y ejercitando gallardamente la profunda sentencia del insigne Von Ketteler, Arzobispo diestrisimo: *Si San Pablo viviera hoy, sería periodista.*

No paró aquí su acción militante. Hecha desaparecer *La Voz* por causas no para apuntadas de corrido, por merecer prolijo examen y no alcanzar lugar propicio en esta clase de estudios, Labayru, firme en sus ideas, ayudó á crear el *Lau-buru*, que también murió *ab irato gubernativo*: luego colaboró en el *Laurac-bat* y en el *Beti-bat*, y por fin fué creado *El Vasco*, hoy con mejor acuerdo *El Basco*, que tanto mal ha evitado y evita, y tanto bien ha hecho y hace, manteniendo viva la protesta de la Verdad contra la Herejía, y cuyas glorias, que son muchas y de purísimo oro, no he de ser yo el llamado á cantarlas, por razones que todos cuantos

aquel periódico conozcan, supondrán de seguro. Y mal trance es este para mí, que privado me veo, por temor al qué dirán, que debe ser el último de los temores, y acomodándome á corrientes al uso, de ponderar lo que tantas comedezones se me pasan de poner por las nubes, por creerlo mejor que cuanto imaginan flamantes sabiondos. Al fin y al cabo su director es una de las prendas más queridas de mi alma, y de quien ciertamente después de mis padres, y antes que de mis maestros, mayor y más puras enseñanzas y desinteresados consejos he recibido. Valga esto de disculpa á mi admiración, y no nos apartemos un punto de nuestro biografiado.

Afirmada la publicación de *El Basco*, concretado y deslindado á más querer el terreno destinado á dar sus campales batallas, asegurada su vida, en una palabra, D. Jaime, satisfecho de su labor franca y desinteresada cual todas las

suyas, sacerdote ante todo, y sobre todo, hombre de estudio y de recogimiento, tornose á su retiro, y á ese retiro, de cuotidianas vigilias, van á buscarle sus infinitos amigos y admiradores, discípulos no pocos, en demanda de consejo y deseo de enseñanza, que nunca ni á nadie negó, y de ese retiro pretendió sacarle su Reverendo Prelado, á raiz de muerto el inolvidable Rector del Seminario Conciliar de Vitoria, D. Francisco Saenz de Frutos, desinteresado devoto de Labayru, y prologuista de una de sus obras, como habremos de ver; y á ese apartamiento del *mundanal ruido*, de sus honores y aplausos le remitió la *Real Academia de la Historia* el título de *Correspondiente* y le habrá enviado la Diputación Provincial del Señorio, el de *Cronista* (1) cuyo cargo tan digna-

(1) La fecha del nombramiento de *Cronista* es de 27 de Mayo de 1895; la de *Académico Correspondiente* de 26 de Julio de 1891.

mente ocupa el no sólo por este concep-
to sucesor legítimo de *Antón, el de los
Cantares*, y del meritísimo Sagarmina-
ga. No por esto abandona Labayru un
sólo instante lo admirable y espinoso de
su ministerio; confesor de las Religiosas
de la Merced, de las de la Cruz y de las
Hermanas de la Esperanza, pertenece á
las Juntas de Monumentos y Beneficen-
cia, y á casi todas las Asociaciones y Co-
fradias piadosas de Bilbao, llevando con
ello la enseñanza unida al ejemplo, y
prestando las luces de su inteligencia y
los cariños de su alma, á la que nunca
con pagarle mucho podrá pagarle lo su-
ficiente, á la villa de López de Haro
y al Señorio todo, los dos polos de su
más ardiente entusiasmo.

Hasta aquí lo que pudiéramos llamar,
en estilo corriente, su *hoja de servicios*
cuanto á público está y ver pueden aque-
jlos que en gana les venga, y sin em-
bargo, con ser tan brillante ésta, acaso

no llegue á superar á la desconocida y callada propia de toda virtud intachable, y que gusta más que del falso oropel y los bombos á trompa y platillos dado por estos á aquellos amigos, de hacer bien sin saber á quién, de cumplir con los más insignificantes mandatos de la propia conciencia tan exigente de suyo para espíritus fuertes, sepulcros blanqueados de la nueva ley; y con ello y por ello de pensar alto, sentir hondo y trabajar rectio, gloria si por todos anhelada por tan pocos conseguida en estos nuestros tiempos que corremos, de decir fácil, obrar torcido y pensar al revés, las más de las veces.

A su figura moral obedece puntualmente su retrato físico. Ni alto ni bajo, de compleción regular, cabellos castaños con tendencia á negro en su juventud; ojos de manifiesta vivacidad y clara inteligencia; nariz prolongada sin tocar los límites de lo ridículo; color mate y

uniforme; hablar pausado y cariñoso;
caminar con la modosidad propia de la
virtud que quiere:

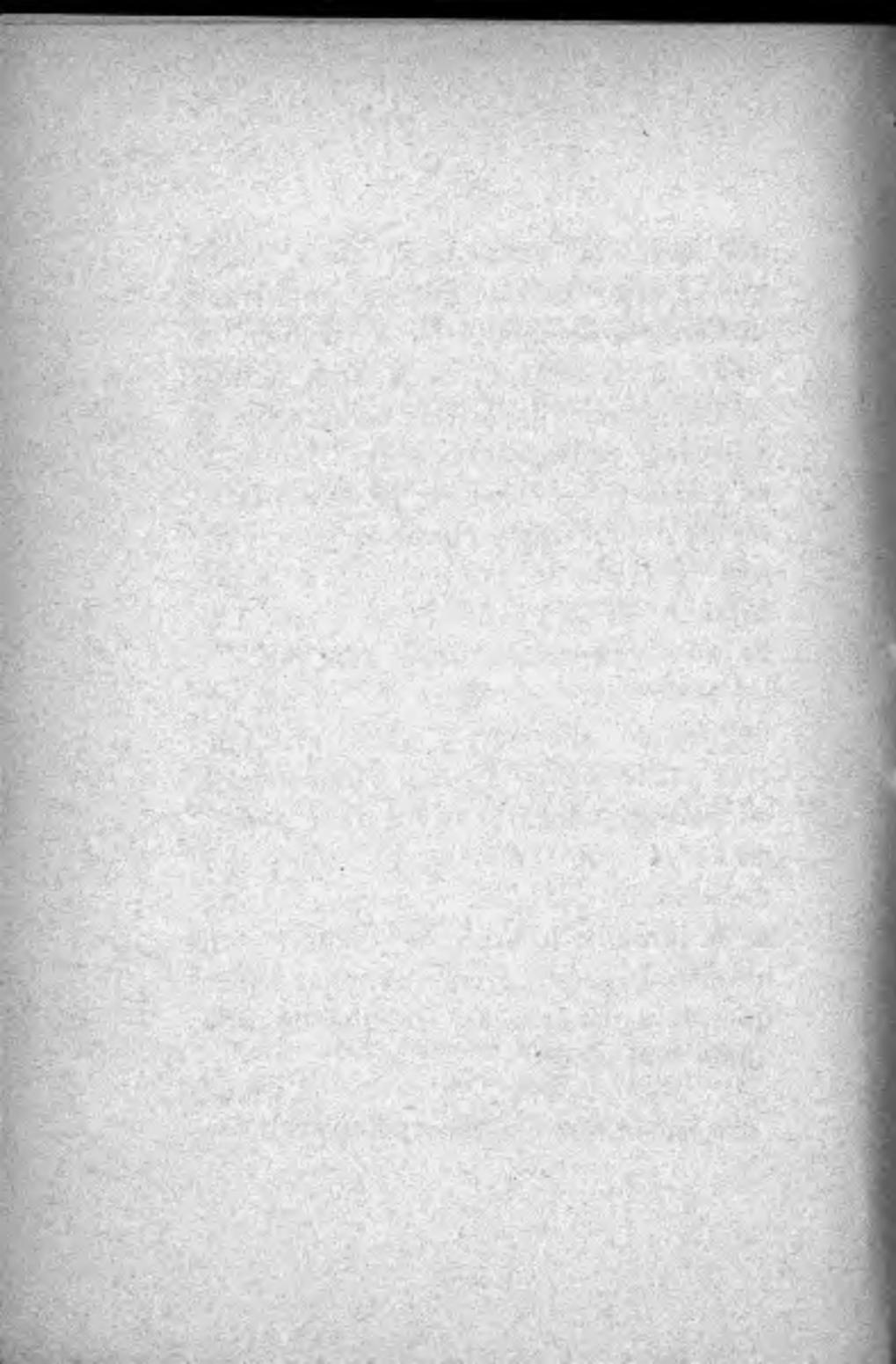
imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres sólo á los mejores
Sin presumir de roto y mal ceñido;

tal era punto más, punto menos, el actual cronista de Bizcaya, cuando años há tuve el placer de conocerle por vez primera en los andenes de la Estación del Norte, en Madrid. La delicadeza de sus modales y cuidado de su persona, que con ser tanta no más alcanza á ejercitarse el *mens sana in corpore sano* del filósofo, traen al contemplarle más á la memoria á Richelieu, Mazzarino, Bossuet ó Fenelón, que á los Cisneros, Mendoza, Granadas, Yepes, Balmes y Zeferrinos, y sin embargo, de los unos y de los otros tiene muchos quilates de su valer, y menos de aquellos que de estos, pues siempre y en todo momento ha demostrado Labayru agradarle más la

soledad y retiro, que las cortesanas luchas y mundanales escaramuzas, en las cuales es fama tanto adiestraron y ejercitaron sus talentos los palacianos servidores de la despótica Corte de Versalles. Es la mejor manera como D. Estanislao Jaime puede quedar descrito de una pincelada y por entero: Una figura aristocrática, un sacerdote de salones. En esto no estábamos en lo firme al asegurar que su figura física obedecía á su silueta moral, mas no por esto retiramos lo dicho, que al cabo, si salones no frecuenta, ni besamanos de continuo recibe, bien digno y acreedor á ello es, y puédelo hacer cuando se le antoje, y porque jamás este antojo llegue, para contento de las letras, siempre ofreceremos nuestros más fervientes votos.

Naturaleza perfectamente equilibrada, en él corren por igual la vida del espíritu, tan incansable y continua, y la

del cuerpo tan allegada al alma, como que su espiritualidad parece demostrar-nos en todo momento. Ni el trabajo le rinde, ni las arideces de la labor le intimidan, y por ello, puesto su corazón y su querer en las alturas de lo Divino, y su mente y su pensar en lo que únicamente de durable y eterno en esta vida hay, la Historia, porque nunca se podrán borrar las huellas de su paso, La-bayru sin ceder á nada, ni ante nadie, y teniendo harto en cuenta la derechura del camino recorrido, y que por reco rrer queda, sigue y sigue, fijo únicamente en los esplendorosos rayos de la gloria, desde ya hace tanto tiempo, suyos por derecho de conquista, los cuales al fin de la jornada habrán de rodearle con irresistible poder, premio el mejor y más querido á sus fatigas y trabajos de todo linaje, concedido.



CAPITULO II

Lecturas Eucarísticas

Ipse pro se loquatur
S. Amb. Epist. XL

Por muchas razones, á cual más convincente, corresponde el primer lugar en el examen de las obras de nuestro biografiado á las *Lecturas Eucarísticas* (1). Dánse en ellas por extraño mo-

(1) Sigue: Por el Presbítero Dr. D. Estanislao Jaime de Labayru, precedidas de una Carta Prologética del Dr. D. Francisco Sanz de Frutos, Canónigo Penitenciario de la Santa Iglesia Catedral de Vitoria y Rector del Seminario Conciliar de dicha Diócesis.—Con licencia eclesiás-

do reunidos, y más claramente que en ninguno de sus anteriores y posteriores trabajos, las dos notas esenciales de su carácter, á más de evidenciárnosle como escritor castizo y mesurado expositor.

Decíamos que Labayru era un Sacerdote perfectísimo, abrasado en las llamas del Divino Amor, en Divina Caridad trasformado para con sus semejantes, y á voces lo proclaman sus treinta y una *Lecturas*; decíamos que su erudición era pasmosa y de buena ley, y todo el texto así lo patentiza haciendo escribir con razón á su docto prologuista; «... que ve en ese buen libro (las *Lecturas Eucarísticas*) el magnífico resultado de un estudio penoso, inteli-

tica.—Bilbao.—Lib., Imp. y Encuad. de Bulfy y Compañía.—Banco de España, 3.—1889.—Un volumen en 8.^o de 827 mas XVIII pág. con Carta Prologética, Erratas é Índice; Adornado con un grabado alegórico en colores.

»gente, discreto y concienzudo de los
»importantísimos puntos que abarca,
»pudiendo el lector estar cierto de que
»con dificultad podrá él por medio del
»propio trabajo alcanzar enseñanzas más
»saludables, ni deducir conclusiones más
»luminosas, ni elegir con mayor acierto
»lo seguro en las cuestiones libres. Cum-
»plidamente ha condensado, añade, en
»páginas, relativamente poco numero-
»sas, las dogmáticas instrucciones y las
»exhortaciones morales que constituyen
»muchos libros en folio, difíciles de leer,
»y aun de adquirir para la inmensa ma-
»yoría de los devotos de la Divina Vic-
»tima.» (1) A ellos va dirigido el pre-
»cioso volumen, y no otro es su objeto:
»Secundar el deseo del Rey Salmista,
nos apunta el autor, de que la familia
cristiana, la familia redimida y formada
por el Hijo de Dios, conozca y celebre

(1) Ibidem. págs. XIII y XIV.

el tesoro y la gloria que tiene en el Sacramento (de la Eucaristía) y que el autor divino de tan esclarecida institución sea alabado.» (1)

Labor y tarea tan dignas de encomio y propias de admiración, cuanto en ellas va envuelto el constante anhelar del alma en su deseo ardiente de marchar al inmortal seguro, y por ellas los humanos sentimientos se aquilatan y purifican de modo tal, que de semejante medida y purificación limpios salen de toda mancha y con fuerza bastante á recorrer las plácidas riberas del caudoso y dulcísimo manantial del Celestial Amor. Es el perseguiimiento del Supremo bien, del inefable goce, de la constante unión del Creador con la criatura, no en esencia y confusión, sino en diferencia y cariño. Es ese olvidar la lugubre noche, el recio batallar y la mun-

(1) Ibidem. págs. 5 y 6.

danal contienda por más altos y soberanos intereses, por los intereses del alma. Es aquella contienda que, ciñéndonos sólo á nuestro suelo, enantidad tan rico, inspiró á los Hijos de Zaragoza sus martirios infinitos; á Ramón Lull sus cantos de destilada miel; á la Doctora Avilesa sus celestiales deliquios; á Malon de Chaide su acendrado amor; á los Luises su invariable poder sobre la inteligencia y su decidido dominio sobre el carazón; á los Loyolas, Franciscos Javier, Zárate, López de Ubeda, Nieremberg, Rivadeneyras, Valdiviellos, Padiellas, Lopes de Vega, Sor Marcelas de San Félix... los pilares de su gloria y qué más, al superior á cuantos imaginarse puedan, al que sólo tocar sus arrobos infunden religioso terror, que por allí ha pasado el espíritu de Dios hermoseándolo y santificándolo todo (1)

(1) M. Menéndez y Pelayo, *Estudios de Crítica*.

á Juan de Yepes, al beatísimo S. Juan de la Cruz, sus acentos más ardientes, que no tendrían igual en lengua de mortales si no hubieran sido dictados por los Angeles y para sí lo reclamaran. Allí no habla el hombre, no canta el poeta, no siente el santo, allí suena la voz de Dios, del Dios trino, del Dios uno, de nuestro Dios.

Es preciso no haber oido sus acentos para olvidarlos, es preciso ser incapaz de amar para no repetirlos; sólo entonces, al poder pronunciarlos, bien haremos declarándonos señores y dueños de la más perfecta soberanía, que esos acordes llegan de la morada del Eterno:

En una noche obscura,
con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
sali sin ser notada

ca literaria. Madrid P. Dubrull.-1884. Estudio primero: *De la poesía mística.* Es el discurso de entrada en la Real Academia Española. (1881)

estando ya en mi casa sosegada.

· · · · ·
¡Oh, noche, que guiaste,
oh noche amable más que el alborada;
oh noche que juntaste,
Amado con Amada,
Amada en el Amado trasformada!

· · · · ·
El aire de la almena,
cuando ya sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería
y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

ESPOSA

· · · · ·
Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras
y pasaré los fuertes y fronteras.
¡Oh bosques y espesura

plantadas por las manos del Amado,
oh prado de verdura
de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado!

CRIATURAS

Mil gracias derramando,
pasó por estos solos con presura,
y yéndolas mirando
con sólo su figura,
vestidos los dejó de su hermosura.

¡Imposible decir mejor ni sentir más hondo; verdaderamente es un delito, éste que ahora cometemos nosotros, truncando pieza tan sobrehumana y negándonos á escuchar una vez más lo que tanto nos deleitó, los ecos de cantores serafines!

Pasado anda ya de moda, lo de negar sea nuestra época, no ya incapaz y poco dada á la poesía lírica y demás géneros á ella próximos, pero ni siquiera á este mismo en que ahora nos ocupamos. La mística en nuestros días existe

con savia propia y aientos de vida potentísimos, no es ni aprensión nuestra, ni declarado afán de defender lo indefendible, bastando sólo un nombre ilustre, el de Mosen Jacinto Verdaguer, para alejar toda especie de duda. Por otra parte el Padre Mir, en su *Pasión de Jesucristo*, sobre todo, estilista de primera línea se muestra, á la par que digno de parangonarse por el nervio de su inspiración, con los autores de los *Nombres de Cristo* y del *Amor Divino*. Casos aislados infinitos podríamos presentar. El hermoso soneto de Almendros Aguilar á la *Muerte de Jesús* modelo es en su clase y sino de un sabor puntualmente místico, pues tiene más de religioso que de otra cosa, algo prueba de lo que vamos diciendo.

No podía ser por menos de hallarse en nuestra rica contemporánea literatura, este género de por sí exuberante en pasadas décadas. Tan verdad es que

á poco reflexionemos acerca del concepto de la mística se nos presentará sin contradicción.

¿Qué es? ¿De qué nace? Es la belleza misma; nace de un deseo ardentísimo, inseparable de nuestro ser, como antes escribíamos, del deseo de unir el Creador con la criatura; del ansia de Amor Divino, del presentimiento del Verbo increado; del anhelo de un más allá, pero dándose en él la visión beatífica, la contemplación invariable de la Esencia suma, fuente de toda vida, manantial de toda bienaventuranza, centro de toda luz; principio, reflejo, y fin de todo amor.

«Poesía, mística, diremos con palabras al cabo más autorizadas que las nuestras, por ser las del maestro querido, no es sinónimo de poesía cristiana: abarca más y abarca menos. Poeta místico es Ben-Gabirol, y con todo no es poeta cristiano. Rey de los poetas cristianos es Prudencio y no hay en él

»sombra de misticismo. Porque para llegar á la inspiración mística, no basta ser cristiano ni devoto, ni gran teólogo, ni santo, sino que se requiere un estado psicológico especial, una efervescencia de la voluntad y del pensamiento, una contemplación ahincada y honda de las cosas divinas y una metafísica ó filosofía primera, que va por camino distinto aunque no contrario al de la teología dogmática. El místico si es ortodoxo, acepta esta teología, la da como supuesto y base de todas sus especulaciones, pero llega más adelante: aspira á la posesión de Dios por unión de amor y procede como si Dios y el alma estuvieran solos en el mundo. Este es el misticismo como estado del alma, y su virtud es tan poderosa y fecunda que de él nacen una teología mística y una ontología mística, en que el espíritu, iluminado por la llama del amor, columbra perfecciones y atributos del

»ser, á que el seco razonamiento no llega; y una psicología mística, que descubre y persigue hasta las últimas raíces del amor propio y de los afectos humanos, y una poesía mística que no es más que la traducción en forma de arte de todas estas teologías y filosofías, animadas por el sentimiento personal y vivo del poeta, que canta sus espirituales amores.» (1)

Por esto la más pura, la más profunda, la más esencialmente *mística*, no puede ser sino la mística cristiana, y por eso también la hemos de ver brotar cual clarísima agua de las entrañas de la tierra, del fondo del pensamiento de toda sociedad católica, porque la es tan necesario como el sol á la planta, como á nuestro organismo el oxígeno; como á la criatura humana la pasión, porque de eso, de una pasión arranca.

(1) M. Menéndez y Pelayo. Obr. cit. páginas 5 y 6.

Y negar este sentimiento, semejante pasión en nuestra edad, cuando al cabo de espiritualista, en medio de sus bravatas blasona, fuera negar lo evidente. Ciento que, por desgracia, solemos olvidar lo principal por dar culto á lo secundario, que pagamos tributo al qué dirán despreciando las inspiraciones de una recta conciencia, que nos rastreamos por el polvo, privados por nuestros vicios de cruzar las alturas, de remontarnos al zénit, de enorgullecernos con nuestro origen, pero con ello, pocos son los que, aun conociendo los propios yerros y las buscadas caídas, los tremendos delitos, despreocupados ahuyentan de su alma todo rastro de esperanza, renunciando locamente á un porvenir de beatitud adorable. No son estos sólo, también los hay, no falsarios ni corifeos de la nueva ley, no apóstatas ni blasfemos, no viciosos ni criminales por cálculo, almas purísimas, corazones

inundados de fe y mansedumbre, hombres que se parecen mucho á Angeles y que apenas pueden ser comprendidos por demonios que tan poco tienen de hombre. No otros son los que comunican de continuo á nuestro interior los acentos de la Gracia, los consuelos que no tienen iguales, los brios que nos transforman. Esos seres cuando hablan ó llevan á la práctica sus pensamientos, bien pueden llamarse Marquesa de Miraflores, Vizcondeña de Jorbalán, Casimiro Barollo ó Ernestina Manuel de Villena: cuando escriben, evidentemente habrán de ser Llevaneras, Cuadrados, Mir, Verdaguer ó D. Estanislao Jaime de Labayru.

Hiperbólico, y fuera de todo respeto parecería esto, si no tuviéramos para probarlo las *Lecturas Eucarísticas* que de testimonio más que sobrado habrán de servir.

Yo admiro en ellas cuanto admirarse puede la concisión de su lenguaje, la

galanura de su forma, la hermosa facilidad de transformar en palabras, en palabras humanas, sensaciones puramente espirituales y supraterrenas, pero con todo, vence á esta mi admiración el respeto que su angélica unción me inspira siempre, pues elevarán á cuantos las lean á las soñadas regiones rayanas en la preexistencia y los arrobo celestiales.

Las *Lecturas Eucarísticas* son ante todo para el buen católico, un libro de contemplación y de principios. Busquen otros en los Atanasios la doctrina sublime de la consustancialidad del Verbo; en los Ciprianos las disquisiciones acerca de la inmortalidad del alma; en los Agustinos la exposición perfecta de la Divina Gracia; en los Hilarios las revelaciones de la Trinidad Augusta; en los Angeles de las Escuelas los dogmas de la predestinación; elijan en la Teología mística á los Apóstoles por intérpretes, por panegiristas á los Jerónimos,

Clementes, Dionisios y Casianos; por restauradores, maestros y guías á Ligo-
rio, Juan de la Cruz y Teresa de Jesús;
sepan en buen hora, de cuanto el si-
glo enseña, tanto como sabia el gran
Apóstol de las Gentes, que no era rústi-
co pescador de Galilea, como sus com-
pañeros, sino sapientísimo doctor entre
sus contemporáneos, que no obstante
nosotros diremos con su prologuista, el
de D. Estanislao Jaime: si no saben bien
lo que contiene y predica este precioso
libro, nos atreveremos á dudar de toda
su satiduría, de modo semejante á lo
que de si mismo pensaba San Pablo des-
pués de su conversión, declarando no
querer estudiar ni enseñar otra cosa si-
no á Jesús, Señor y Dios Nuestro, obje-
to soberano y único de las *Lecturas
Eucarísticas.* (1)

Hay que ser fervientísimo adorador

(1) Non enim judicavi me scire aliquid... nisi
Jesum Christum. I. Cor. XI-2.

de la Cruz veneranda; hay que mostrarse á sus pies con el respeto profundo del pecador arrepentido y del amante que encuentra al cabo de ruda peregrinación al dueño de su albedrío; hay que saber, pero saberlo bien y con arraigo inseparable de nuestro corazón, que aquel signo querido que contemplamos,

cerrando augusto con el pie el profundo,
con la excelsa cabeza abriendo el Cielo,
y con los brazos abarcande el mundo,

debe ser toda nuestra aspiración y todo nuestro consuelo, para comprender en su majestad el libro que estudiamos. Libro divino verdaderamente, y mediador seguro en el arriesgado negocio de nuestra salvación. Si la Cruz es su promesa, emblema de eterna alianza, la Sagrada Eucaristía es esa misma salvación y esa misma alianza, llevadas á lo sumo, y realizadas en donde parece imposible, en este pecador valle de lágrimas. Que el mismo Jesús, *cuyo reino no es de este mun-*

do, baja á nosotros, nos purifica de toda mancha, y salimos de las llamas de su amor más puros que del seno materno, sin sombra siquiera de pecado original, hombres en figura, en espíritu, santos, si no Angeles.

¿Quién obra este milagro? Unicamente el amor, el amor á la más amorosa de las criaturas, al más grande de los misterios, al misterio del altar, al misterio de la Eucaristía. ¿Cómo conseguirle? Con invariable constancia, con meditaciones como las contenidas en las *Lecturas de Labayru*.

Nihil dignus, nihil sanctius et admirabilis habet Ecclesia (1) dice de este Sacramento el Ritual Romano, y en verdad que nada más digno, Santo y admirable de cuanto alcanza nuestra inteligencia para ser tratado por el hombre.

(1) Rit. Rom. Ubi de Euchar, sacram. administrat.

¡Y sin embargo, cuán difícil no es, y á cuán horrendas caídas no puede conducir! La filosofía entera no es bastante á comprenderle, á encerrarle en sí; la teología ante su magnificencia y esplendores de luz, no tiene más que una palabra ni conoce más que una exclamación, la palabra y la exclamación de los Angeles ante su Señor: *Hosanna, hosanna, santo, santo, santo.* A esta palabra y á esta exclamación se reduce también y compendia el contenido de las *Lecturas*, en las cuales adviértese no solamente su valor espiritual y literario, si que también su carácter práctico y tendencia á la fácil comprensión y diario uso. Para ello divide el volumen en tantos ejercicios cuantos días tiene el mes, terminando como cuotidianamente debe hacerse con la *Letanía y Actos de Reparación al Santísimo Sacramento*. Cada una de estas meditaciones divídense á su vez en tres distintos párrafos que con

minucioso cuidado débense pensar para que por su graduación tanto más hermosa cuanto menos común, vayamos de la razón al sentimiento por los contados y seguros pasos que conduce á menudo la verdad y convencimiento interior, que esta es otra de las muchas utilidades del estimado libro.

Encierra además en sí tal sencillez y atractivo, que rara vez es la que leyéndole no nos recuerda los bíblicos pasajes tan de continuo repetido por el autor. En esto quizá vean algunos un defecto, yo lo aprecio como lo contrario y es más, quisiera que las posteriores ediciones salieran sin notas, ni referencias al pie, para que nadie pensara eran las *Lecturas* libro de controversia ó discusión, sino de apología y mística, destinado únicamente á quien puedan leerlas, los cuales á buen seguro creerán al autor bajo su palabra de honor, sin necesidad de pruebas al canto.

Lecturas tan piadosas y evangélicas como estas, son de las que deben correr en manos de todos, por todos ser leidas, recomendadas por cuantos de recomendar obras buenas se precien, y reimpresas en ediciones populares, para que se hallen al alcance de las almas abrasadas en el Divino Amor. Como el *Camino de Perfección*, la *Vida de N. S. y su Santísima Madre*, de Rivadeneyra, el *Tratado de la Tribulación*, las *Meditaciones*, del P. la Puente, *La Vida Devota*, *Los Nombres de Cristo*, el *Símbolo de la Fe*, *Las Moradas*, *La Conversión de la Magdalena*, la *Imitación de Cristo*, la *Subida al Carmelo*, los *Ejercicios*, de San Ignacio, las *Cartas*, de San Francisco, *Soliloquio*, *Manual y Confesiones*, del autodicto Obispo, y más y más volúmenes consoladores, las *Lecturas Eucarísticas* de D. Estanislao Jaime de Labayru, deberán figurar en toda biblioteca ó colección de persona culta y amante de la gloria y enalteci-

miento del más glorioso y enaltecido de los cultos, del culto católico, cuya apologia tan sobradamente queda hecha con libros como los mencionados.

A muy pocos, lo repetimos, cederá en méritos, el de nuestro biografiado. Al cabo es él, con ser tantos sus estudios y escritores de este y diferente linaje, (1) el que con más cariño mirarán él y todos los suyos, porque como en ninguno en este se acredita la grandeza de su alma, la piedad de su sentimiento, lo purísimo de su amor, las perfecciones mil, con que en el ejercicio de su sagrado ministerio le vemos uno y otro dia adornado.

Podrán pedirse en sus labores históricas mayor concisión; este ó aquel criterio; en sus escritos de polémica más rotundidad ó menos desprecio para el

(1) Entre ellos los más notables son los que constituyen las diferentes *polémicas* sostenidas contra el liberalismo, y sobre todo su notable *Estudio-Teológico-Canónico* referente á este punto, inserto en el periódico de su fundación.



adversario; en sus trabajos todos, forma mejor ó peor, pero lo que de hecho no se pedirá nunca, porque sería pedir lo imposible, será ni más unción, ni más celo, ni más perfecto desarrollo en sus *Lecturas Eucarísticas*, que descubren los rectos senderos de la vida espiritual, y llevan paso á paso, de virtud en virtud, hasta la íntima unión con Dios, único bien absoluto que puede llenar nuestro corazón, exclamando con el Legislador bíblico: *Protector tuus sum et merces tua magna nimis.* (1)

Lo decimos al principio: Ellas hablan por si mismas.

(1) Gen. XV, I.

